

PRIMER AMOR

Soledad Martín y Ortiz de la Tabla

Después del toque de oraciones, el abuelo, según tenía por costumbre, nos instaló en derredor suyo cerca del fuego.

-¿Qué va a ser ésta noche, abuelito? –le preguntamos, como que se trataba de asunto hartito sabido, y respondiéndonos con satisfacción:

-Esta noche, si permaneces tranquilos y calladitos, prometo contaros la historia de mi primer amor...

Repercutióse ésta frase en nuestros oídos como algo de mágico y original: mil gritos de alegría brotaron de nuestros labios infantiles y, tras innumerables protestas de silencio y formalidad, nos colocamos en actitud de escuchar la curiosa narración desarrollada por el abuelo en los siguientes, o parecidos términos:

-Tendría yo la edad de alguno de vosotros, es decir, que ni las lágrimas me quemaban las mejillas ni me podía figurar que mis caballos de azabache se convirtiesen en estos hilitos de plata... Era, pues, un niño, pero un niño con corazón de hombre como vais a ver.

A las ocho de una mañana de verano dirigíame a la escuela con los libros debajo del brazo y la merienda en el bolsillo, divirtiéndome al mismo tiempo en lanzar al aire una pelota de goma. La fatalidad o la fortuna hizo que una vez, por falta de cuidado o sobra de energía, quedase la pelota en el balcón de un piso principal. ¿Qué hacer? Miré repetidamente, como si con la vista me fuese posible recoger el juguete, pero inútil pretensión. Empezaba a perder paciencia cuando los cristales se abrieron y... *ella* apareció.

-Empújala, Zaida, empújala –decía una voz desde adentro, y ella, Zaida, tocando suavemente la pelota con su blanca mano, hízola caer...

-Muy bien, amiga mía, perfectamente -escuché de nuevo y enseguida Zaida, sin dignarse fijar en mí su atención, marchóse con paso majestuoso...-. ¡Oh! -pensé contrariado, como si Zaida me escuchase-, ni siquiera me has dejado tiempo para que te dé las gracias; está bien, hasta otro día. Y proseguí mi camino.

Dije hasta otro día porque, habiendo quedado prendado de mi gentil protectora, no podía renunciar a la esperanza de volverla a ver, esperanza que con sentimiento vi frustrada durante muchos días sucesivos. Pero como ya sabéis que pobre porfiado... al cabo vi a Zaida, no, como la otra vez, en el balcón de su casa, sino en la puerta de la calle, inspeccionando con mirada escudriñadora a los transeúntes.

Al observar mi impulso de dirigirme hacia ella, hizo un movimiento por el cual dio a entender que huiría si me acercaba, pero yo así lo entendí imaginando a la vez, no sin fundamento, que Zaida era una cumplida golosa, llevé la mano a mi bolsillo, saqué un bizcocho y lo mostré a la *dama*, que hizo ademán de cogerlo, y así comprendí que ya no pensaba abandonar la plaza. Me aproximé con la golosina en la mano y la ofrecí a Zaida, que tomándola sin rodeos me miraba con expresión de gratitud al par que se la engullía satisfecha.

Mi modo de conquista había, pues, obtenido el éxito más risueño. Zaida y yo quedamos los mejores amigos.

En lo sucesivo no sé cómo se hacía, pero es lo cierto que diariamente al asomar a aquella calle, de paso para la escuela, distinguía con placer inmenso el traje de armiño de Zaida, la cual salía a mi encuentro con aire festivo, sin separar de mí sus grandes ojos de esmeralda. Yo, que siempre llevaba en el fondo del bolsillo una parte de mis postres, reservados a escondidas, para mi graciosa prenda, apresurábame a mostrarle el obsequio y Zaida aligeraba el paso y me lo arrebatava dulcemente. No podéis imaginaros con el gusto que yo veía reproducirse aquella escena afectuosa aun cuando muda, siempre muda... Cuando por causa extraordinaria Zaida no me esperaba, ya lo sabía, ni daba pie con bola en la clase n fuera de ella era soportable mi mal humor. Todo se me volvía discurrir sobre el modo de castigar a la infiel, pero me bastaba verla de nuevo para echar a un lado todos mis rencores poniéndoles punto final con una mirada de suave reproche, que Zaida acogía bajando los ojos...

Con reconcentrado enojo vi en cierta ocasión que Zaida faltó a la cita dos días seguidos, cosa no ocurrida jamás, y lleno de incertidumbres, mohíno y apesadumbrado tomé al tercero el camino de la escuela, con una esperanza vaga, no obstante.

En el colmo de la cólera me apercibí de que Zaida no me esperaba tampoco. Detúveme desesperado a la puerta de su casa sin saber qué partido tomar. A los pocos instantes salió una criada y me decidí a pedirle noticias de la ingrata obteniendo ésta respuesta desconsoladora:

-La pobre Zaida fue muerta hace dos días... Tiró la jaula de *Rolín* y se comió al precioso canario que tenía un pico de oro: enfurecióse el señor y dio un tiro a la malvada; lástima ha sido, sin embargo. ¡Era una gatita tan blanca y tan mona!

Llerena (Badajoz)